



CAPITULO XXIX.

La reacción triunfante.

LA peregrinación de don Benito, saliendo de la capital para atravesar le República, sin más elementos que la investidura que le daba la Constitución, y después de estar á punto de morir en Guadalajara y en Santa Ana Acatlán, embarcarse en el puerto de Manzanillo para ir á desembarcar en Veracruz sin saber si aquella plaza estaba ya en poder de la reacción, revela el carácter del hombre. Cualquiera otro hubiera huido para ya no volver, como huyó Comonfort, como huyó Santa-Anna varias veces, como huyó Arista, como huyó Lerdo de Tejada, como huyó Iturbide, ¡como huyeron tantos! Juárez no quiso huir, porque para él era nada su persona y mucho el ser representante de la ley: él no era Benito Juárez, él era la legalidad. Podía morir en su puesto ¿y qué? moría cumpliendo con su deber, quedando otros detrás que pudieran salvar la misma bandera.

Imbuido en estas ideas probablemente, pues así lo manifestó con sus actos y con sus palabras, no quiso abandonar el deber que se impuso de defender la causa del pueblo mexicano, á la cabeza de la cual se colocó, viniese lo que viniese, y con ese fin del Manzanillo se dirigió por los Estados Unidos al Golfo de México, sin saber á punto fijo con quién contaba para sostener la gran empresa.

El autor de esta obra fué víctima, algún tiempo después, de las más enconosas persecuciones por parte de don Benito Juárez; pero en este punto, lo mismo que en otros muchos, tendrá que rendir homenaje á aquel grande hombre diciendo la verdad sobre todo lo que tuvo esplendor en su conducta heroica y patriótica.

Cuando Juárez pensó dirigirse á las costas de Veracruz, no ignoraba que la reacción había extendido su poder en casi todos los Estados, y que desde un principio había empleado todos sus esfuerzos para apoderarse de Veracruz por su importancia como puerto y por ser la llave para tener dominados los Estados de Oriente, de modo que no tenía seguridad ninguna de encontrar un punto de apoyo para sus planes ulteriores, que eran colocarse cerca de Oaxaca y de Guerrero que habían de proporcionarle elementos de alguna cuantía, así es que ese solo paso tan atrevido como inesperado, contribuyó en gran manera á fortalecer á los liberales que comenzaban á sentirse abatidos.

La aparición de Juárez en Veracruz, estableciendo allí su gobierno, no sólo redobló los bríos de los defensores de la plaza que no esperaban mantenerse allí largo tiempo, sino que llenó de recelos á la reacción, que vió aterrorizada enfrente de sí á otro poder enteramente resuelto á vencer ó morir.

Desembarcado Juárez en el muelle de Veracruz el 4 de Mayo, y recibido por las autoridades civiles y militares, se dirigió, según el ceremonial antiguo, á la Parroquia con toda su comitiva, y el poco numeroso clero de allí lo recibió en la puerta. En seguida se cantó el solemne *Te-Deum* que era de rigor tanto para los tirios como para los troyanos.

Después siguieron la recepción, las alocuciones y el banquete, tras del banquete una noche de descanso, para dar principio el día 5 á los trabajos de gobierno.

Las circunstancias no podían ser más críticas en tales momentos para los liberales, que no ocupaban más que el perímetro de la plaza de Veracruz y el castillo de Perote, estando ocupado el resto de las poblaciones por tropas tacubayistas, aumentadas con las defecciones y con los refuerzos que recibían de México, pudiendo disponer Echeagaray, que era el general en jefe reaccionario, de más de cuatro mil hombres, mientras que apenas llegaban á unos dos mil los que componían las fuerzas juaristas.

Entonces estuvo el gobierno de Juárez en aptitud de hacer la cuenta de sus elementos. La reacción ocupaba todos los Estados del centro hasta Sinaloa, conservándose fieles á la causa liberal Colima, Sonora, Michoacán, Oaxaca, Guerrero, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, contándose además con varias secciones que operaban en Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes. El gobierno de Tacubaya contaba, además de los Estados más ricos y populosos, con un ejército de operaciones bien disciplinado que pasaba de veinte mil hombres, mientras que los liberales no completaban del momento ni diez mil, contando todas las fracciones que andaban diseminadas.

La ventaja que tenían los liberales era esta: ellos contaban con muchos hombres que habían surgido de todas las esferas sociales, movidos por el entusiasmo y por el patriotismo, que sin conocer el arte de la guerra se lanzaban á defender sus ideales, y eran activos, incansables, tenaces, arrojados y abnegados hasta el sacrificio; mientras que en el lado de la reacción se encontraban los hombres poltrones, acostumbrados como Parrodi á las campañas en que se podía disponer de toda clase de elementos; pero sin entusiasmo ninguno para defender con ardor una causa que les inspiraba pocas simpatías. ¿Qué les importaba á los militares del vivac, de la francachela y de la vida libre, la defensa de una religión que ignoraban hasta en sus más simples detalles? ¿Cuántas veces se le dijo á un militar de los viejos:

—Hombre, ¿y usted por qué defiende la religión?

—¿Cuál religión?

—La católica.

—Yo no sé qué religión es esa: yo á quien defiende es á mi general Miramón que me ha hecho capitán y que con el tiempo me hará coronel.

Así hablaban los subalternos: los generales todavía tenían menos fe en su causa. Los generales decían:

—Ya están al frente de la situación Zuloaga, Miramón y Márquez, que son los que han de obtener el poder absoluto, nosotros ¿qué es lo que vamos ganando cuando triunfemos si ya todos los puestos principales están desde ahora ocupados?

—Bueno, ustedes no ganarán nada aquí en la tierra, pero ganarán mucho allá en el cielo, puesto que están defendiendo la religión.

Estas promesas para la otra vida no les hacían gra-

cia, y en consecuencia mostraban poco ánimo en las operaciones militares, como sucedió con el general Echeagaray, que estuvo meses y meses rodeando á Veracruz sin atreverse jamás á atacar la plaza, hasta que vino el tiempo en que los clamores de la prensa reaccionaria y las quejas de todo el partido, hicieron que fuera relevado.

Los acontecimientos siguieron su curso: Osollos, como se ha dicho ya anteriormente, fué enviado á defender la plaza de San Luis Potosí que estaba amenazada por el ejército del Norte, y allí murió, según unos, de fiebre tifoidea, según otros, envenenado por los que temían que llegara á adueñarse del poder, y que una vez en él se pronunciara por la reforma religiosa hacía la cual había mostrado algunas simpatías.

Faltando Osollos, quedó Miramón como el caballo de batalla del gobierno tacubayista; pero no podía estar á la vez en todas partes, y por más que se multiplicaba, sucedía que mientras iba por el Interior se acumulaban masas de liberales en el Sur y si marchaba para el Sur ó el Occidente se le descomponían el Oriente y el Norte. Y como el joven héroe, después de la muerte de Osollos se consideró con derecho no sólo para substituirlo en lo militar, sino en las aspiraciones al mando supremo, después de su excursión del mes de Junio por los Estados del Interior, se presentó en México á ejercer la influencia que le correspondía, y en 1.º de Julio, cumpliéndose con sus insinuaciones, se cambió el ministerio de agua tibia que funcionaba, por otro desbordante de reacción que se compuso de las siguientes personas: Relaciones, don Joaquín María del Castillo y Lanzas; Justicia, el eclesiástico don Francisco Javier Miranda; Gobernación, don Manuel Fernández de Jáuregui; Fomento, don José M. Zaldívar; Hacienda,

don Pedro Jorriñ, y Guerra el general don José María García. Ya se ve por esto confirmado el refrán que dice: *como es el bodegón son las moscas*.

El primer acto del nuevo gabinete fué suprimir la poca libertad de imprenta que había y expedir una ley de conspiradores que castigaba con la pena de muerte á cuantos se mostraran desafectos al Supremo Gobierno, medidas que sólo dictan los gobiernos anémicos y cobardes cuando quieren sobreponerse á la opinión á fuerza de leyes terroristas, como un cauterio terrible para prolongar la vida, parecido á los que se aplican á los enfermos desahuciados.

Mientras que Miramón estaba así poniendo su espada en la balanza de la política, Zuazua tomó á San Luis Potosí y Vidaurri entró allí poco tiempo después con el poderoso ejército del Norte que venía provisto de cien carros de municiones y de grandes piezas de artillería, haciendo temblar la tierra con sus trenes.

El general Miramón, con su actividad prodigiosa, se dirigió al Interior y reunió con los cuerpos expedicionarios que ocupaban varias poblaciones mandadas por Márquez, Mejía, Chacón, Vélez, Cobos, Argüelles, Florentino López, Moreno y otros, unos cinco mil hombres, dirigiéndose con ellos á San Luis Potosí, amurallado y artillado de un modo formidable. ¿Por qué huyó de allí don Santiago Vidaurri? ¿Fué que le intimidó la audacia de Miramón creyéndolo más fuerte? ¿Fué porque pensó que con su caballería, artillería y grandes trenes podría maniobrar mejor en campo abierto? Y en esta última hipótesis, ¿por qué no fué al encuentro del enemigo en vez de retroceder, lo cual ha sido siempre en nuestras campañas el signo casi evidente de la derrota?

Nadie pudo nunca resolver estas preguntas. El hecho fué que Vidaurri se retiró para el pueblo de Ahualulco, en el camino de Zacatecas, que ni tenía elementos de ninguna clase ni era una posición militar. Verdad es también que Vidaurri era bisoño en el arte de la guerra.

Sucedió lo que tenía que suceder: después de varias peripecias que comenzaron el 25 de Septiembre, Vidaurri sufrió el 29 una espantosa derrota que quedó consumada á las tres de la tarde en Ahualulco de los Pinos, con la pérdida de veintitres piezas de artillería, ciento veintiseis carros, seiscientos muertos y heridos y una veintena de prisioneros.

¡Cosa particular! aquella derrota de Vidaurri causó alegría al gobierno establecido en Veracruz, y á los liberales en general, porque conociendo lo envalentonado que estaba el caudillo del Norte, sabían bien que, á haber triunfado, hubiera entrado á México y se hubiera pronunciado por su presidencia, importándole un pito la legalidad. Así la derrota que sufrió Vidaurri en Ahualulco, se consideró como una victoria para la causa constitucionalista, la cual entonces sí que hubiera sucumbido en la Capital tal vez para siempre.

Ni Miramón, ni Zuloaga, ni los demás tacubayistas tuvieron tiempo de recrearse en su triunfo por más que fuera solemnizado en todos los lugares que acupaban, con el mayor estrépito, pues á renglón seguido se supo que con aquel hecho de armas glorioso había coincidido la toma de la plaza de Guadalajara por don Santos Degollado, de que ya hablamos en otro capítulo.

Entonces Miramón, que no dejaba de encontrarse bastante destrozado en San Luis Potosí, comenzó á prepararse para marchar otra vez sobre Guadalajara man-

dando que se pusieran en marcha desde luego todos los cuerpos que se encontraran disponibles, pues se proponía en esta vez hacer una campaña formidable, contando cuando menos con un cuerpo de ejército de diez mil hombres. No había dinero con que mantener tantas tropas, pero entonces se podía contar con los golpes de mano á las casas de moneda y á las conductas de caudales.

Sus planes fueron frustrados por de pronto, debido á un suceso que llamó en aquel tiempo muchísimo la atención: el general don Miguel Blanco, con tropas del Norte y otras que se había proporcionado en Michoacán, se presentó con cerca de unos tres mil hombres delante de la Capital de la República.

Por torpezas que nunca faltan en los ejércitos indisciplinados, se frustró el golpe de mano que tan hábil como valerosamente había proyectado el general fronterizo, contando con inteligencias dentro de la plaza, que también le faltaron como era de rigor en la hora oportuna, así es que tuvo que retirarse por donde había venido, no sin resentir algunas pérdidas. Sin embargo, esto trastornó de pronto los proyectos de Miramón, quien tuvo que acudir violentamente á la Capital en donde se le hicieron grandísimos festejos con poco gusto de Zuloaga que ya empezaba á ver en él un rival temible para la Presidencia futura.

Una vez que cesó el sobresalto de los conservadores de México, así por la retirada de Blanco, como por la llegada de Miramón, éste continuó comunicando sus órdenes á efecto de que Márquez, que fungía como su segundo en jefe, organizara el ejército del interior y lo reuniera en cualquier punto del camino de Guadalajara para hacer

sobre Jalisco y Colima la campaña vigorosa que se proponía. Márquez estableció su cuartel general en Tepatitlán y Miramón llegó allí en una diligencia, después de haberse proporcionado en la plaza de San Luis Potosí algunos elementos.

La toma de Guadalajara por Degollado, se había efectuado en el mes de Octubre; pero de tal modo había agotado con aquel esfuerzo sus elementos, que siendo tan activo no había podido reponerlos en seis semanas pareciendo inercia suya lo que no era sino necesidad, puesto que nada podía emprender sin armas y sin municiones. No obstante la gran escasez que sufría de dinero y de todo, luego que tuvo aviso de que Márquez y Miramón habían reconcentrado un numeroso ejército para atacarlo, salió con el suyo para esperarlos en las posiciones que juzgó convenientes, cerca de la hacienda de Atequiza y sirviéndole de línea de defensa el río de Santiago, cuyas márgenes ocupó en varias leguas, sin tener por supuesto telégrafos ni otros medios rápidos para comunicarse con sus subalternos, dejando probablemente que cada cual obrara según las circunstancias: á lo menos se comprendió así por los movimientos que se ejecutaron sin un plan definido, sin un método claro y sin concierto en las operaciones.

Degollado, que era un gran patriota, ignoraba por completo el arte de la guerra, de modo que su primer error consistió en esparcir sus tropas en una línea de seis leguas, mientras Miramón se presentó en cada uno de los puntos que fué reconociendo con todo su ejército compacto, y los que entonces hicieron comentarios, aseguraron que los liberales pudieron conseguir un triunfo fácil, contando con jefes tan intrépidos como Coronado, Valle,

Rocha, Blanco, etc., con sólo pasar el río y envolver al enemigo por la retaguardia, en los momentos en que atacaba al general Pinzón en Poncitlán, pues de esa manera se ponía á tan distinguidos jefes en situación de batirse como ellos sabían hacerlo. Lejos de eso Pinzón fué abandonado y él mismo tuvo que abandonar su punto luego que agotó sus municiones, temeroso de ser copado. Cuando se quiso recobrar la posición ya fué tarde, pues el enemigo, á quien no se vigilaba lo suficiente, ya había pasado el río con todos sus trenes sin atreverse á avanzar por temor de caer en una emboscada, porque no podía convencerse de que se le hubiera dejado pasar con tanta facilidad si no era con aquel objeto: así fué que se mantuvo en observación hasta convencerse de que no había sido todo aquello más que el resultado de una torpeza.

Y como á aquellas horas en que habían transcurrido cinco días, estando ambos ejércitos frente á frente, ya había habido varias escaramuzas y algunos combates algo serios como los ataques repetidos al puerto de Tololotlán, en que fueron rechazadas las columnas de Miramón y el combate con Pinzón en Poncitlán, y luego la batalla final que no concluyó el día 14 quedando indecisa, como á esas horas decimos, los liberales habían quemado sus municiones, no quedando sino cuatro cartuchos por plaza, Degollado ordenó la retirada, que fué valientemente sostenida por el general Blanco, llevándose toda su artillería, con la cual obtuvo un triunfo la reacción supuesto que se le dejaba expedito el camino de Guadalajara para ocupar aquella importante plaza, pero no en las proporciones en que lo participó Miramón, asegurando que el enemigo había sido dispersado en todas direcciones, lo cual celebraron los del gobierno de México con gran alborozo,

asegurando los periódicos que ya todo el país estaba dominado por el joven Macabeo.

Degollado volvió á ocupar el Sur de Jalisco con sus fuerzas algo mermadas y Blanco tomó el camino del interior para ir á emprender nuevas expediciones en que le sonriera la fortuna.

El día 16 se le hizo á Miramón una recepción ruidosísima en Guadalajara, principalmente por los miembros del clero que echaron á volar las campanas é hicieron muy grandes funciones de iglesia.

Tomados apenas dos días de descanso, comunicó en la orden general que estuvieran las tropas listas para moverse á las cuatro de la mañana.

—¡Cómo, general! le dijo el obispo en nombre de toda la aristocracia religiosa, ¿es cierto que va usted á dejarnos mañana?

—Sí, Ilmo. señor: los momentos son preciosos, y yo no soy hombre para dejar una obra comenzada: ó la termino ó sucumbo, tal es mi divisa.

—¡Qué hombre tan grande! exclamaron todos los concurrentes.

Y Miramón salió al día siguiente con todas sus huestes para el Sur de Jalisco.

Degollado lo supo en Sayula y reunió en consejo á sus jefes principales, exponiéndoles la situación.

—No tenemos parque, nos faltan ahora las tropas fronterizas, apenas contamos con dos mil quinientos hombres y Miramón trae más de cinco mil, ¿qué hacemos, le presentamos batalla para que nos derrote ó nos fraccionamos en guerrillas?

Todos opinaron que se defendieran las barrancas con los elementos con que se contaba, que siempre eran sufi-

cientes para rechazar un ataque brusco como los que acostumbraba dar Miramón.

Pero el caudillo clerical había reconocido el terreno, sabía que era imposible tomar á viva fuerza las barrancas de Atenquique y Beltrán y fué á buscar un paso lejano por los Novillos, quedando sorprendido varios días después Degollado al saber que ya se encontraba aquel en la plaza de Colima, evacuada por Contreras Medellín, que contaba con una insignificante guarnición.

Entonces los liberales, que pudieron muy bien eludir el combate ó tomar una posición inversa en las barrancas, cambiando su frente para interceptar la comunicación entre Colima y Guadalajara, tuvieron la temeridad de lanzarse al encuentro del ejército reaccionario, cayendo en el lazo tendido por Miramón, presentándose á librar una batalla campal, en que todo les era adverso, el número, las armas, la moral y el terreno.

El concepto que determinó tal resolución fué el siguiente: ¿Qué perdemos si nos derrota Miramón? Unos cuantos cañones que ya recuperaremos, uno ó dos Estados que ya volverán á nuestro poder y algunos hombres que se dispersarán para reunirse luego en cualquiera otra parte, consiguiendo entretener más tiempo en tierras lejanas, al único jefe que lo hace todo en la reacción, para que entre tanto aumenten las fuerzas liberales en el interior de la República. Y en cambio de exponer tan poco, ¡qué trascendencia tendrá un triunfo que no es imposible!

Pero lejos de alcanzar ese triunfo, se sufrió una de las más grandes derrotas en San Joaquín, perdiéndose la artillería y quedando deshecho el pobre ejército liberal que con tantos esfuerzos se había reunido.

La derrota de Degollado que se comunicó por extraordinarios violentos, que parecían llevados en hilos telegráficos, produjo delirio en Guadalajara, en México y en todas las plazas que ocupaban los conservadores, desde el Pacífico hasta el Atlántico: en todas las iglesias se cantaron acciones de gracias y en todos los periódicos clericales se entonaron himnos á la victoria.

Miramón dijo en sus partes: «con el triunfo que se acaba de obtener, el último baluarte de los liberales ha desaparecido, la nación está conquistada, el gobierno emanado del plan de Tacubaya está consolidado, y ya no queda ninguna guerra que sostener y sólo algunos bandidos que exterminar.»

¡Tableau!



CAPITULO XXX.

Todo por mi amada.

LA victoria de Miramón sobre las huestes liberales fué manchada, como era costumbre entonces, con un crimen innecesario: el licenciado Daniel Larios, inofensivo é indefenso, fué mandado fusilar como prisionero de guerra, no obstante que no era militar, ni fué cogido con las armas en la mano; pero era preciso que alguno pagara por todos los demás que se habían escapado, pues fuera de los heridos y muertos no se cogió á ningún otro hombre en el campo de batalla. Todos sabían correr mucho y bien cuando se trataba de correr. Después veremos cómo no pasó mucho tiempo sin que los mismos jefes y oficiales derrotados y dispersos en San Joaquín volvieron á aparecer en el mismo terreno con nuevos y poderosos elementos.

El licenciado Larios no era más que un empleado ci-